La llave de la felicidad

Akio Momijishima

Capítulo 1

La llave de la felicidad

Me volví adicto a la felicidad cuando aún no tenía experiencia en la vida suficiente para gestionarlo con cabeza. Era demasiado joven e inexperto para saber y sopesar las repercusiones que tendría la imprudencia de mis actos. En aquel entonces, pasé por una mala época en la que solo conocí el sufrimiento y ante la cual me sentí impotente y desprotegido. No tuve donde cobijarme de la tempestad de mi realidad. En consecuencia, por mucho que me cueste admitirlo, en aquellos años me convertí en una puerta sin cerradura. Mi ser se cerró por completo a la felicidad. Se trazó una frontera infranqueable entre ella y yo.

Tuve a mi alcance muchas otras opciones para buscar una solución. Sin embargo, terminé por decantarme por el camino fácil de escoger, pero difícil de sobrellevar. Aquel día decidí destruir todo hasta el punto de que mis cimientos quedasen reducidos a ceniza y humo. En contra de la voluntad de muchos queridos y de otros no tan queridos, comencé a buscar la llave de la felicidad. Era un hombre-puerta-sin-cerradura. Por este motivo, no valía cualquier llave. Yo necesitaba una con la capacidad de atravesar como un berbiquí mi dura piel de hombre-puerta-sin-cerradura. Debía ser capaz de crear una apertura por donde la esencia de la felicidad pudiera filtrarse y llegar hasta mi corazón. No servía cualquiera. Tenía que ser la llave de la felicidad.

Para mi sorpresa, no resultó nada complicada de encontrar. Se hallaba donde los felices por naturaleza no se atreven ni siquiera a mirar. Bajé al infierno social y me rodeé de individuos que, al igual que yo, se vendían a una felicidad químicamente artificial para obviar el sufrimiento de la realidad. Costó lo que costó. Nunca lo medí en dinero y no pienso hacerlo ahora. Pagué un precio ínfimo. Mi vida.

La llave de la felicidad, al principio, me abrió la puerta a un conjunto de sensaciones fantásticas que hasta el momento habían permanecido dormidas en mi interior. Creó una miríada de minúsculas cerraduras por todo mi cuerpo a través de las cuales mi alma pudo respirar y salvarse de ahogarse en el mar del sufrimiento. No obstante, la llave de la felicidad es una llave que te ofrece todo a cambio de quitártelo todo. Con el tiempo, comencé a experimentar uno de sus dos efectos más peligrosos. Conforme más la utilizaba para evadirme del dolor que me causaba vivir, más me enganchaba a sentirme libre y feliz. A simple vista puede parecer una circunstancia buena. Sin embargo, se trata de una ilusión semejante a la de los espejismos en el desierto. Desde la lejanía y la ajenidad la adicción a la felicidad se presenta como un oasis idílico.

Pero, una vez te adentras en la oscuridad y la pruebas en tus propias carnes, tan solo queda un vasto horizonte de dunas de arena. Mis ansias por huir me cegaron y me dejaron preso de una libertad utópica.

A pesar de que no era mi intención, me convertí en esclavo de la felicidad. Aprehendí lo que se siente al ganar. Me acostumbré al cosquilleo que produce una carcajada en el estómago y al dolor en las mejillas de una risa prolongada. Interioricé una nueva ideología y un punto de vista distorsionados de la realidad mediante un caleidoscopio. Llegué hasta el punto de hacer míos conceptos como la alegría, la esperanza o la ilusión. Sin embargo, para abrir al hombre-puerta-sin-cerradura y conseguir todo esto, la llave de la felicidad mató el resto. Ya nada quedaba del llanto, del sufrimiento, de la tristeza o de la soledad que tanto me definieron una vez.

No me gustó esta sensación. Tardé un tiempo en concienciarme de ello. Pero, al final, lo terminé haciendo. Fue entonces cuando tomé la decisión de dejar la llave de la felicidad por el bien de mi propio ser, que se estaba perdiendo en el olvido lenta pero inexorablemente.

Antes he hablado sobre cómo experimenté uno de los dos efectos más peligrosos de la llave de la felicidad. Me refiero a la dependencia que se crea en el consumidor. Ahora, quisiera centrarme en el segundo, el cual yo padecí cuando comencé a cerrar todas las cerraduras de mi cuerpo.

La debilidad es consecuencia de la dependencia. El vínculo íntimo que forjé con la felicidad me debilitó al extremo. Con el fin de abrirme a la positividad y mantenerme atado a ella, la llave de la felicidad destruyó todo aquello que fuera un impedimento. Como un sistema inmunológico ante una enfermedad imparable, las defensas que erigí tras largos años de lucha contra el sufrimiento fueron demolidas. Esta circunstancia me dejó, por un lado, expuesto y maltrecho ante un brote de negatividad, y, por otro, encadenado sin remedio a la llave de la felicidad, que se constituyó como mi único escudo, una protección con agarre de espinas.

La llave de la felicidad no borró el sufrimiento inherente a mi realidad. Tan solo lo invisibilizó. Hasta que experimenté el dolor incrementado y acumulado tras años de anestesia general, no pude darme cuenta de esta verdad. La rehabilitación de mi adicción a la felicidad fue muy dura y, aún hoy, noto en mi cuerpo las repercusiones de mis acciones imprudentes. No obstante, gracias a este fatigante proceso, pude descubrir que, en realidad, me volví adicto a la felicidad cuando aún no tenía experiencia en la vida suficiente para apreciar el sufrimiento.

Como en una fábula griega, esta es la moraleja que todos deberíamos asimilar. En base a mi experiencia, los seres humanos habríamos de aprender a sufrir. Vivimos tan obcecados con la búsqueda de la felicidad que rechazamos lo comúnmente conocido como “lo malo”

desde el principio y no nos beneficiamos de sus cualidades. Aunque cueste aceptarlo, la felicidad existe como contrapunto de la tristeza. Son dos conceptos antagónicos que se dotan de sentido de forma recíproca. Al igual que ocurre con la luz y la oscuridad o con el calor y el frío, establecen un equilibrio en la realidad. Lo negativo y lo positivo se unen para crear una existencia total. De la nada surge el todo.

Nosotros, las personas, abusamos de la llave de la felicidad. Nos drogamos a diario con positivismos falsos que únicamente anestesian nuestras conciencias. A mi parecer, no sirve de nada pensar en que se es feliz cuando, en el fondo, no es cierto. Uno puede ponerse tantas máscaras como desee; sin embargo, su rostro seguirá intacto bajo todas ellas. La solución al problema que planteo radica en la correcta aprehensión de la felicidad y el sufrimiento. Debemos ordenar sus nombres y trascender las definiciones impuestas por la sociedad. Únicamente cuando la humanidad haya interiorizado lo que significa una risa en relación con el llanto encontraremos la verdadera llave de la felicidad capaz de abrir hasta las puertas sin cerradura.